

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UN ROSTRO MAS HUMANO

EL DESARROLLO ECONOMICO-SOCIAL

Con este artículo comienza don Antonio Garrigues, la amplitud de cuyos saberes y la brillantez de cuya personalidad son de sobras conocidas, una colaboración en estas páginas que esperamos habrá de interesar vivamente a nuestros lectores.

El Concilio, en su Constitución Pastoral «La Iglesia en el mundo actual», se ha ocupado del tema de la vida económica y social.

El cristiano se encuentra abocado a una triple relación: su relación con Dios, su relación con los demás hombres, su relación con las cosas, es decir, con el mundo.

Las dos primeras relaciones son más claras: a Dios y a los hombres tiene que amarlos; pero esta tercera relación con el mundo es más ambigua, más equívoca.

Lo primero que se sabe es que Dios ha entregado la tierra y todo su contenido al señorío, al uso y disfrute de todos los hombres; lo segundo es que el hombre, destinatario y beneficiario de la tierra, está condenado a ganarse el pan con el sudor de su frente, porque la tierra se le ha hecho hostil e ingrata por estar contaminada en virtud del misterioso pecado original; lo tercero es que está escrito que no se puede servir a dos señores —Dios y el mundo— sin amar a uno y aborrecer al otro, y lo cuarto que hay una Providencia que dispensa al hombre de una solicitud excesiva por los bienes terrenales para su subsistencia.

Luego el hombre está obligado a trabajar para redimirse, pero poniendo su confianza en Dios más que en sus propias fuerzas y pensando no sólo en su exclusiva utilidad y la de los suyos sino también en la utilidad de los demás hombres, en el bien común de la humanidad entendida como una gran fraternidad.

Sobre este esquema de la relación económica del hombre con el mundo, el Concilio ha puesto de relieve algunos aspectos y matizaciones que tienen una gran importancia y que deben ser examinados con una respetuosa libertad, la libertad que el propio Concilio reconoce a los seglares sobre esta clase de temas en los que lo eclesial incide de lleno en lo temporal.

El desarrollo económico —dice el Concilio— es necesario en el estado actual de la civilización y frente a los problemas que en el mismo tiene hoy que afrontar la humanidad. Pero ha de ser un desarrollo no para el incremento por el incremento del producto, ni para el puro be-

neficio, ni como una forma de poder, sino para el desarrollo integral del hombre en sus necesidades materiales, culturales, morales, espirituales, religiosas. Es un desarrollo que no tiene que sojuzgar y esclavizar, al hombre, sino que tiene que estar bajo su dominio y su control, y que no debe quedar limitado al proceso ciego y mecánico de la acción económica del puro liberalismo, ni tampoco a la autoridad pública, sacrificando despóticamente a una ordenación colectiva los derechos fundamentales de la persona.

En palabras sencillas referidas al aspecto económico del desarrollo, lo que el Concilio viene a decir es que el capitalismo y el colectivismo son inhumanos; el primero porque olvida a los demás hombres, a la humanidad, el segundo porque olvida al hombre, al ser humano concreto; dos olvidos reales que engendran sendas utopías.

Porque el liberalismo de Adam Smith pensaba que del egoísmo humano, que es malo porque busca exclusivamente su propio beneficio, surgía y se generaba por la ley del mercado y el libre cambio el bien común de los consumidores, cosa que, no siendo enteramente falsa, sí es enteramente utópica si esas leyes «liberales» se dejan a su propio juego incontrolado e inexorable. Lo que ocurre es que argumentar hoy con ese liberalismo manchesteriano es como dar vida a uno de esos animales antediluvianos que efectivamente han existido, pero que ya —un ya lejanísimo— no existen, aunque haya que reconocer que todavía se da más o menos atenuado en las relaciones económico-comerciales entre países ricos y países pobres.

Porque los impuestos, los Sindicatos, las cargas sociales y asistenciales, la mecanización y tecnificación que exigen una mano de obra más y más cualificada y cara, la dureza de la competencia que ha valorizado el factor hombre y, sobre todo, el intervencionismo del Estado y la enorme escala de las nacionalizaciones estatales y paraestatales, han hecho que la palabra «capitalismo» siga siendo la misma que hace cien años, pero que su significación y su sentido actual sean completamente distintos. Y si se puede decir que el capitalismo sigue teniendo muchos aspectos inhumanos, hay que reconocer que lo es en mucha menor escala de lo que fue en sus orígenes, cuando Marx escribía su obra que llevaba precisamente el nombre «El Capital» y en donde se recogían hechos reales de la explotación del hombre por

el hombre que nada tenían que envidiar los períodos más sombríos de la esclavitud.

Por su parte el colectivismo, que es mucho más joven, está, no obstante la resistencia del «establishment» político comunista, en un gran proceso de transformación: que su capacidad productiva es sensiblemente inferior a la del capitalismo es un hecho innegable; que no es una forma de fraternidad universal lo patentiza la violencia de los antagonismos en el seno del mundo comunista, en donde sus proletarios están más desunidos que en el mundo capitalista; que el movimiento de dar al comunismo un rostro humano, violentamente abortado, no puede significar sino que carece de él, porque solamente se lucha y se muere por aquello que se anhela y de que se carece; que las clases sociales, no ya del «ancien régime» sino de la burguesía liberal, han desaparecido, es cierto, pero también lo es que esa nueva sociedad se está estratificando con otras características, en el fondo también clasistas, que no hay dogmatismo político ni propaganda de ninguna clase que pueda ocultar. Y, finalmente, es un hecho que el ámbito de la economía privada se abre camino, aunque lenta y controladamente, en la experiencia comunista de muchos de los países del Este, como la agricultura en Polonia, la auto-gestión en Yugoslavia y en la misma China, en donde parece que rige una descentralización, es decir, una autonomía de gestión muy diferente de la centralización burocrática que rige en Rusia.

La divisoria última entre uno y otro sistema descansa en la admisión y el estímulo o la negación y la obstrucción a la iniciativa privada. En uno y otro sistema hay todavía mucha opresión y mucha explotación del hombre por el hombre. Pero el margen de libertad, no sólo formal sino real, que en el campo económico-social a que se refiere el Concilio goza el hombre, según esté situado a uno u otro lado de esa divisoria, es todavía enorme.

El potencial de energía viva que representa la libertad del hombre puede ser, como en toda forma de energía, tanto creativo como destructivo y de poner el peso y la confianza más en lo uno que en lo otro dependen las dos formas tradicionales de gobierno por las que se han regido históricamente los hombres, sean puras en sus variadas y diferentes dosificaciones.

Pero se está iniciando, desde posiciones que originariamente eran lejanísimas, una cierta convergencia. El comunismo está admitiendo,

absorbiendo y en parte transformando los métodos y las técnicas del capitalismo, cosa que no puede hacerse sin asimilar en alguna medida el espíritu mismo de donde procede todo ello. Por su parte el capitalismo, sin la enorme presión que supone el afianzamiento y las realizaciones positivas de los regímenes colectivos, no hubiera cedido como lo ha tenido que hacer, en muchas de sus posiciones de privilegio, de monopolio y de explotación. Son numerosos los que votan comunista en los países libres, no porque deseen la implantación de esa forma de totalitarismo en su propio país, sino para mantener dentro de él la fuerza de coacción que el comunismo representa para alcanzar las reivindicaciones a que aspiran en un sistema de libertad.

Esta convergencia no llegará a una síntesis, a una simbiosis. No llegaron nunca la civilización cristiana y la islámica, no obstante su estrechísima relación y contacto en la guerra y en la paz, en la cultura, en el arte y el comercio; sobre todo no lo han conseguido nunca el Oriente y el Occidente, ni con los Persas, ni con Alejandro Magno, ni con el Imperio Romano, que acabó sucumbiendo al hechizo de Oriente; ni la Inglaterra victoriana; ni ahora los Estados Unidos en el Vietnam. Ni se ha conseguido ni sería bueno que se consiguiera. Estas tensiones históricas son tan necesarias para la vida comunitaria como la tensión trilateral para la del hombre. Pero lo que sí se puede conseguir, y se está consiguiendo, es una convivencia. Convivir no es un «minus» vivir, sino una plenitud de vida. Desde el punto de vista de la civilización occidental, sería una terrible pérdida que la experiencia comunista terminara en un puro fracaso, en una descomposición. Hay que defenderse de su amenaza física y de sus venenos e insinuaciones con la mayor energía y determinación, pero hay al mismo tiempo que ayudarlas y asistirles y facilitar que cumplan su propio ciclo, que desarrollen y culminen su propio potencial para recoger y apropiarse de todo lo que esas experiencias tengan de válido y positivo. Porque el capitalismo, por muy transformado que esté y muy neocapitalista que quiera ser y sea, necesita también buscar un rostro más humano, mucho más humano.

Y ésta es en suma la lección y el llamamiento del Concilio: a un pleno desarrollo que tenga un rostro plenamente humano.

Antonio GARRIGUES

SE EXPLICA

UNA CIERTA PEREZA

HABRÍA mucho que hablar, en cuanto a eso de la pereza. De hecho, la pereza ha sido uno de los «pecados capitales» —los siete del catálogo catequístico son comunes a todas las religiones y a todas las éticas— que menos conminaciones haya recibido. No diré que los moralistas clásicos lo tratasen con indulgencia. Posiblemente, ocurría y ocurre que el «pecado» en cuestión resulta de práctica bastante más difícil que los restantes. La ira, la lujuria o la envidia, por ejemplo, pueden ejercerse —a menudo, cuando menos— sin graves quebrantos para la economía doméstica; son, además, «pasiones» capaces de concretarse en pensamiento, palabra y obra. La pereza, en cambio, siempre es «costosa»: no admite desahogarse en pensamientos o en palabras, sino que únicamente se realiza en obras, y tales obras son, en el fondo no-obras, una inhibición formal, que, en cuanto se relaciona con el trabajo revierte en la triste circunstancia de no cobrar el jornal. No hará falta ampliar el apunte. Salta a la vista que la pereza tuvo que ser, necesariamente, un pecado casi exclusivo de las clases llamadas «laboriosas»: las personas acomodadas, si lo son en alto grado, en vez de incurrir en el vicio de la pereza, se limitan a disfrutar de un ocio afable y ornamental. Hojeando antiguos sermonarios, cabe observar la diferencia: nunca, aproximadamente nunca, los predicadores denunciaban los males del pecado, de pereza entre las gentes ricas. Un rico perezoso, a lo sumo, llegará a arruinarse. Un pobre perezoso, por el contrario, constituye un drama inmediato para su familia y para él mismo: la miseria absoluta... Y por eso, repito, la pereza apenas cuenta con un mínimo de clientela, si la comparamos con los pecados adyacentes. Un pobre puede ser impunemente lujurioso, envidioso, iracundo. Incluso avaro o glotón —porque para la avaricia y la gula no son impresionables, técnicamente, muchos duros—; no se permite el lujo de la indolencia. Por la cuenta que le tiene.

Sin embargo... Hay muchas especies de pereza, sin duda. La básica, la importante, es la que acabo de subrayar, desde luego. La necesidad de que alguien trabaje —que trabajen muchos, y que trabajen mucho— es consustancial con las diversas modalidades de tinglado que hasta ahora se han sucedido sobre la superficie del planeta. De ahí que, siempre y en todas partes, se haya difundido una cierta mitología en torno a la

actividad productora, bien (con rasgos teológicos de condena —«ganarás el pan con el sudor de tu frente»—, bien con floridos condecorativos —«el trabajo dignifica al hombre»—. Y, de ahí, también que los haraganes hayan sido con frecuencia objeto de persecución, y sistemáticamente, de reproche. Los «parásitos» son acogidos con rabia por los demás: por los que trabajan, porque ven en ellos una sanguijuela supernumeraria, y por los otros, los perceptores de las mil sutiles plusvalías que flotan en el aire porque se consideran defraudados por la pigría eventual de cualquiera que, aplicado a un oficio, serían rentables. A nadie le conviene que el vecindario se entregue a la pereza. Y el vecindario participa de la misma opinión. Los perezosos que calificaremos de «económicos» han sido reducidos a porcentaje de la presunta población activa, una proporción habitualmente módica. Tuvieron y tienen mala fama, y suelen caer, pronto o tarde, en la jurisdicción del Código Penal o en la del cualquier Ley de Vagos y Maleantes. Los muy hábiles se salvan, y juegan al zángano con singular alegría. Son excepciones, sin embargo. La multitud forzada a las tareas tarifadas se limita a reclamar vacaciones, plusas de descansos dominicales, y sobre todo, aumentos de sueldo. Esto no es atribuible a la pereza. Es otro asunto.

Tal como progresan los mecanismos de los negocios, según afirman los expertos, cada día habrá menos urgencia de mano de obra, y, por tanto, más asuetos —pagados— para el personal de plantilla. El ocio, antes privilegiado, se democratizará, aunque sólo sea en retazos. La cosa está por ver, pero por ahí van los tiros. A la larga, quizá ni siquiera aparezcan vocaciones de perezosos, puesto que la Jauja futura será tremendamente factiosa y dulce... Mientras tanto, quedan sobre la mesa otros tipos de pereza. Infinitos tipos de pereza, que ya no afectan, sino muy tangencialmente, a la implacable esfera del dinero. Los hubo toda la vida. Es muy probable que, en gran parte, los individuos que preferían no trabajar, no lo hiciesen por comodidad, si vale la manera de expresarlo, y que, más bien, su desistimiento respondiese a pura desgana: a una carencia radical de ilusión acerca de lo que debían hacer. Y pongo «desgana» por no encontrar vocablo más justo. «¿Hacer algo?»: es la pregunta. «¿Para qué?». Siempre que el «para qué» no de-

penda de la alimentación diaria más estricta, el problema se plantea en términos de preciosas marquetarías morales. El «far niente» proverbial es una pura ilusión del espíritu: siempre se hace algo. Sólo que, cuando se cree «inútil» el resultado de una determinada gestión, ésta se abandona. Pensemos, sin ir más lejos, en la pereza política, que paraliza a la mayoría del censo electoral de más de medio mundo. No ir a votar, no leer o escuchar discursos, olvidarse de los nombres de los mandamases, dárseles una higa que gobierne éste o el otro, es la pereza más generalizada entre los ciudadanos del momento.

La más o la menos, no vale, la pena discutirlo. Porque a la pereza política se añaden la pereza religiosa, la pereza intelectual, la pereza «social», y otras muchas más. La lista de las perezas evidentes merecería ser meditada. Se comprende su causa, aunque uno no admita que comprenderla sirva de justificación. Cuando el vecindario se toma la molestia de «hacer» algo es porque espera sacarle una ventaja u otra: un salario, una presión pública, una deferencia cultural, lo que fuere. Si advierte que los resultados previsibles son incommoviblemente vacuos o ya insuperables, renuncia a proseguir el empeño. «Es inútil», se dice, y no vuelve a pensar en ello. La «indiferencia» que domina hoy en los niveles que antaño eran estimados como excelsos —la religión, la cultura, la política— es simple pereza. Incluso vacila la voluntad de enriquecerse, que siempre fue el esquema mismo de la antipereza, por muy alevé que fuese la manobra. Hemos llegado a un punto en que el pobre ya no puede alzarse a rico, por más astucia o tesón, o insidia, que ponga en su carrera: a lo más, llegará a ganar un buen sueldo. Que no es igual... Para eso, por supuesto, la pereza aún no es tajante: el deseo de gozar de los chismes del «consumo» y de las atenciones médico-farmacéuticas que alargan la vida, continúan siendo un estímulo. Lo restante se presenta como una rigurosa «inutilidad». Y si la perspectiva es ésa, la pereza se explica. No olvidemos que un gran aparato publicitario se cuida de cultivar la sospecha de dicha «inutilidad». Fomentan nuestras múltiples perezas, y nos gusta —¡ay!— ser perezosos...

Joan FUSTER

ABONAMOS

Por su viejo T.V. hasta

8.000 ptas.

a cambio de un último modelo

241 65 99

329 55 55

gratis mesita y antena

Para la comodidad de sus pies
calce el ancho que precise

EL MISMO LARGO, CINCO ANCHOS



Calce como a medida

CALZADOS CLAR

ARAGÓN, 247 (Junto Rbla. Cataluña)

Teléf. 215 23 46 - Barcelona-7.

33%

RENTABILIDAD
MINIMA
GARANTIZADA
POR CONTRATO

SOMOS LOS UNICOS QUE PODEMOS
GARANTIZAR ESTE MINIMO EN UN
NEGOCIO SERIO Y SOLIDO. SI DISPONE
DE 105.000 ptas. Y DOS HORAS SEMA-
NALES GANARA FACILMENTE 8.000
PTAS. AL MES ESCRIBANOS O VISITE-
NOS, SIN COMPROMISO. DAMOS Y
EXIGIMOS REFERENCIAS. CURIOSOS
ABSTENERSE.
DISO, S. A. BALMES 191-7.º BARCELONA.

en su hogar...

masetas
URALITA

Venta en Distribuidores
Uralita, Grandes Almacenes y
Establecimientos de Flores.